



Chiquita Barreto Burgos



Se cubrió de silencio

Pánfilo Martínez, fue cambiando de figura según cambiaba su lugar de residencia.

Fue agricultor en Valle Poi. En aquel tiempo era un muchacho delgado de mirada intensa donde cabía todos los sueños.

Eran seis hermanos en un pedazo de siete hectáreas de tierra empobrecida por el monocultivo y los años de uso. Descubrió la escasa magnitud de su posesión al volver del servicio militar obligatorio con los ojos empañados de tantas humillaciones.

Regresó transformado.

Cambió su temperamento alegre.

Todos coincidieron en afirmar que se había convertido en hombre. Nadie intuyó jamás el sollozo de su alma por el niño perdido.

Vivió algunos meses cavilando sobre su futuro o ensimismándose en el pasado: se veía pescando con lombrices o adiestrando la yuntita de bueyes.

Llovía rabiosamente el día que abandonó su valle. Los cabellos chorreando bajo el alero de paja disimularon sus lágrimas. En su familia no era costumbre hacer demostraciones de cariño, pero el niño indefenso que era en ese momento lo empujó a darle un rápido abrazo a su madre antes de salir.

No volvió la cabeza hasta que la lluvia y la distancia borró su casa.

En la pequeña ciudad -que debería serle familiar, por haberla visitado desde siempre, para vender los -56- pocos productos agrícola y hacer las compras elementales- se sintió perdido.

Hizo de ayudante de peluquero, de albañil, de cocinero, y por último sin saber cómo terminó siendo policía.

Pasó el tiempo.

Humillaciones...

Diminutas alegrías...

Mujeres. Hermosas. Lejanas. Altivas. Perfumadas: que se mira y no se toca.

Mujeres. Sudorosas, atrevidas, que se tocan sin mirar.

Mujeres. Limpias, generosas, de sueños simples como uno.

Ángela.

Ganaba poco pero podía mantener una familia y realizar con pasos lentos los sueños simples.

Nueve meses después del casamiento Ángela tuvo un niño.

Con qué ternura vio crecer y ensancharse las redondas caderas, la flexible cintura de aquella muchacha que representaba para él todo lo bueno que la vida podía ofrecer... pero Ángela murió y una semana después le siguió el niño.

Otra vez ensimismarse en el recuerdo, vivir para atrás: pescando con lombrices o adiestrando la yuntita de bueyes. Refugiándose en el nítido olor de la nuca de Ángela, en la fragancia de su boca sana.

Pasó el tiempo.

Lo nombraron comisario de Valle Apua, un punto perdido de la geografía, donde para llegar o salir -57- había que tener paciencia, pescar como hacía él, Pánfilo Martínez allá en su infancia, sin apuro por los vehículos que pasaban repletos de productos y racimos humanos.

Su traza había cambiado. Era como su valle postizo. Redondo. De cara, de cuerpo, de pensamiento.

Allí como autoridad se sentía bien: no tenía necesidad de hacerse el duro para ganar méritos. Era un lugar apacible y él también lo era a pesar de su oficio y su cargo. De vez en cuando hacía de juez en alguna pelea vecinal o doméstica y en sus fallos trataba de encontrar el equilibrio entre lo justo y lo generoso.

Aquel jueves salió con el recluta a esperar el paso de algún vehículo; debía remitir un informe.

Justo cuando sus pensamientos comenzaban a ser confusos en la espera calurosa del mediodía paró un enorme transganado. Habló con el chófer y el soldadito trepó a la estribera.

Ese muchachito de mirada lustrosa le removía recuerdos. Su hijo de haber vivido sería como él.

Caminó de prisa un trecho y se detuvo. No escuchó nada pero un salto dentro del pecho le advirtió que acababa de producirse una desgracia. Volteó la cabeza, el redondo cuerpo y echó a correr. Y mientras corría casi ingrávido una sucesión de imágenes lo acompañaba. Se vio a sí mismo cerca del tacho de cocido en la remota mañana del Chaco, con el trasero enrojecido por el teyuruguay. Sintió la tibieza del cuerpo de Ángela, el cuerpo de su hijo recién nacido envuelto en una gelatina rojiza. Las trenzas canosas de su madre, la carcajada blanca de su hermano mayor. Se vio desnudo en los brazos de una mujer de -58- pechos duros y redondos con pezones oscuros. Un desfile de personajes y situaciones olvidados.

Por las irregularidades del camino la portezuela se destrabó y al abrirse le tiró al chico bajo las ruedas.

El camión se detuvo como a cien metros.

Y allí estaba él.

No supo de donde salió aquella camioneta, ni cuanto tiempo esperaron, ni que palabras cruzó con los demás.

Con la delicadeza no derrotada por el cuartel, ni las sucesivas pérdidas y humillaciones, levantó el cuerpo herido, lo acomodó con ternura y él se acomodó a su lado y apoyó en su regazo la cabeza agonizante y partieron.

Al conductor le llamó la atención el pesado silencio. Disminuyó la velocidad y miró a sus pasajeros: ambos estaban inmóviles. Volvió a apretar el acelerador y no aflojó hasta un puesto de salud.

Los dos estaban muertos.

Pánfilo Martínez con sus manos regordetas sostenía la cabeza del subalterno, y en sus ojos abiertos cuya mirada comenzaba a vidriarse había una luz sorprendida y triste.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

